

Alma mia, bendice al Señor, y no olvides jamas la gracia que acaba de hacerte.

Es él quien te ha perdonado tus ofensas, y es él quien cura todas tus angustias.

Es él, quien ha arrancado tu vida á la muerte, y quien te rodea de misericordias y de gracias.

Es él, quien llena todos tus deseos; es él, quien te renueva y te rejuvenece como el águila."

"Muchas obras han demostrado la divinidad de la confesion, contra los hereges, y la utilidad contra los filósofos. (1) Esta *divinidad*, no ha sido atacada mas que por aquellos que no la conocen; pero los cristianos que á ella han recurrido, y que conocen bien sus ventajas, saben que es la salvaguardia de la virtud, un poderoso remedio contra las pasiones, una fuente de generosidad y de rendimiento; la prenda de la fé conyugal, el guardian de la paz de las familias, el antídoto de las turbulencias civiles en los Estados; que ella es, en una palabra, la enemiga de todos los vicios, y el manantial de todas las virtudes."

J. J. Rousseau, dice en cierta parte: "¿cuántas restituciones, cuántas reparaciones, cuántas reconciliaciones, no ha hecho ella entre los católicos." (2)

Voltaire dice á su vez: "la confesion es una cosa muy excelente, un freno para el crimen, inventado desde la antigüedad mas remota: uno se confesaba en la celebracion de todos los augustos misterios. Nosotros hemos santificado esta sábia costumbre; ella es demasiado buena, para encaminar á perdonar todos los corazones poseidos del odio.

¡Oh vosotros jóvenes que leéis los pasajes que he escrito para vosotros! (3) yo no sé que sucesos, qué alegrías, qué dichas os están reservadas en el mundo: yo no sé si vuestra ciencia podrá elevaros á mas altura que á todos vuestros émulos: yo no sé si las artes, las ciencias ó el genio os coronarán; pero si sé una cosa, esta es, que si una de esas dichas; que si todas esas dichas os están reservadas, el dia en que esteis rodeados de homenajes, aturcidos por las alabanzas, embriagados por el incienso, todos palpitantes de gloria; ese dia, pues, sereis menos felices que el hombre que despues de haber sido culpable y atormentado de remordimientos, se levanta del confesonario rejuvenecido y purificado por la absolucion. . . . ; Oh, entonces, él encontrará los ángeles en su ruta y podrá decirles: ángeles, yo soy vuestro hermano.

(1) Enciclop. Catol.

(2) *Emilio* tom. III. p. 201 en la nota.

(3) Cuadro de las fiestas cristianas.

"Antes de atacar la confesion como inútil y abusiva, sus enemigos debieran al menos hacer alguna vez un ensayo; porque para juzgar de los defectos ó de las cualidades de una institucion, es preciso conocerla (1); ¿y cómo conocer la confesion sin confesarse? ¿No es, pues, absurdo y ridículo, querer juzgar de una cosa segun los desvarios de su mente, ó las fantasmas de su imaginacion, sin tomarse el trabajo de examinar la realidad? Esto es, sin embargo, lo que la escuela filosófica del dia hace con todo lo que toca á la religion. Lo que viene de Dios, es diariamente ultrajado por la ignorancia y la mediocridad. Para juzgar de un cuadro ó de una estatua, es preciso ser pintor ó escultor. Un arquitecto sería muy mal recibido si quisiera dar su juicio sobre un sistema científico, ó sobre el tratamiento de una enfermedad; y se acojeria su opinion cuando se tratase de un edificio. No es, pues, nadie mas que un buen católico quien pueda apreciar el catolicismo, y para juzgar de la confesion es preciso ir á confesarse."

Que el hombre fatigado del mundo, y encorbado bajo el peso de sus faltas, como el obrero, bajo un fardo muy pesado; que aquel que vive en la amargura del corazon, y que maldice la noche en que ha sido concebido porque á su alrededor no encuentra mas que frialdad y abandono, vaya á buscar bajo las bóvedas de nuestras iglesias uno de esos tribunales siempre abiertos á la desgracia y al arrepentimiento, y se convencerá bien pronto de que el ministro de Jesucristo, sentado en el confesonario, es el mejor y mas compasivo de los consoladores; verá que un confesor es el mas tierno de los padres, el mas seguro de los amigos, el mas discreto de los confidentes. Si uno es pecador, el perdona; si uno está en medio de los justos él dirige; en la afliccion, consuela; en el abatimiento levanta; en el descaecimiento, fortifica; en el infortunio, socorre; en la tibieza, inflama; y cuando todo nos encorba sobre la tierra, él dá alas á nuestra alma, para levantarse hasta Dios.

Con razon han llamado los padres el tribunal de la penitencia, una santa escuela de sabiduría.

Echemos una mirada sobre todas las edades de la vida, y nos convenceremos bien pronto de que la confesion de nuestras faltas, templando nuestro orgullo, vuelve mas fácil y mejor cada una de las estaciones de nuestra existencia.

Comencemos por el niño. Desde que la razon comienza á despuntar en su inteligencia, haciéndole un deber de la verdad, ayuda grandemente á conservar el perfume de la inocencia, demasiado frágil tesoro, si no se le pone á tiempo bajo la guarda de los ángeles y del ojo ejercitado y

(1) Enciclop. Catol. art. Penit.

paternal de un confesor, habituado, como su divino Maestro, á dejar á los niños venir hasta él. Esta primicia de la vida, es preservada por el temor del mal que le inspira el sacerdote, por los sabios consejos que dá al niño, por la separacion de las malas compañías, que él le recomienda, por la obediencia y el respeto á sus padres, que él sabe inculcar en esta alma jóven.

El hombre jóven encuentra en el confesonario un preservativo contra el torrente tan formidable de las pasiones. La voz que oye lo escita á la vigilancia haciéndole evitar las lecturas peligrosas y las compañías peligrosas; él le pinta todos los peligros de una vida ociosa y le muestra las víctimas de la ociosidad que pueblan el infierno.

A esta escuela de sabiduría deben los esposos la confianza mútua que hace la dicha de las uniones cristianas. Allí hay para ellos una garantía santa, una prenda de fidelidad, un principio de armonía y de paz, una fuente de verdadera felicidad conyugal. La confesion, asegurando el cielo al penitente sincero, le presta todavía eminentes servicios acá abajo. Es ella la que, en el pueblo sobre todo, prevée esos desarreglos funestos que absorben en la orgia de un dia todo el fruto de los trabajos de la semana, y lanzan así en las familias la ruina, la miseria, el crimen y el suicidio por desesperacion.

¿Será para un viejo á quien sea inútil el tribunal de la penitencia? ¿Será al hombre cargado de años, al viajero fatigado por un largo y penoso camino, á quien se le dirá: no vayais á buscar reposo y solaz al confesonario; allí añadiréis á la lacitud de vuestro cuerpo las penas á vuestro espíritu. . . . . Habéis salido de la tormenta de las pasiones, gozad de la paz que os hace tener su ausencia, y no entristezcaís vuestros últimos dias encorvándoos bajo el yugo de un confesor? ¿Cuán culpables y crueles son los escépticos que hablan así! Y nosotros, los que tocamos á los límites de la vida, á las fronteras de la eternidad, ¿cuán insensatos seríamos si prestásemos oído, si creyésemos estos vanos discursos! La confesion, de origen divino, es hecha para todos, es saludable á todos, y ninguno mas que el viejo tiene necesidad de recurrir allí. Es ella la que dá la paz á sus últimos años, ella la que le conserva la calma de sus dias, el sueño de sus noches; ella quita los remordimientos que son las espinas de la conciencia, ella le asegura el reposo.

La edad nos ha traído bastantes enfermedades, bastantes dolores; el tiempo ha dejado bastantes vacíos en nuestro derredor; muchos de nuestros amigos han caído como las hojas desecadas, y el viento del olvido los ha hecho desaparecer en la polvareda. Los caprichos de la fortuna habrán sido tal vez para nosotros rigurosos. ¿Quién nos consolará de

la venida de las enfermedades, de la fuga de nuestros años, de la ausencia de nuestros amigos, y de las privaciones de la adversidad? Será el amigo que Dios nos ha dado en el confesonario. El, mejor que ningun otro, sabe las palabras que consuelan y que fortifican, que sostienen y que levantan.

Aquel que ha penetrado hasta lo íntimo de vuestro corazón, aquel ante el cual habéis descubierto todo el pasado de vuestra existencia, aquel que ha sondeado toda la profundidad de las llagas que os ha hecho el pecado, aquel cuya mano os ha absuelto, os ha blanqueado y purificado en el nombre del Señor, de todas vuestras iniquidades, es sin contradiccion el hombre que os ayudará mejor al rápido y tremendo tránsito del tiempo á la eternidad.

Oh, en muchas familias que se resienten todavía de la era del filosofismo, no se reciben sacerdotes. No se les quiere ver mas que en la iglesia; se creeria entristecer un salon si se invitase á él un hombre de Dios. . . . . Estraña ceguedad hay en esto, porque los hombres que saben mucho, mas parece que harian buen efecto entre tantas gentes fútiles que nada saben. En todo, son precisos los contrastes; la hoja que no está muerta, no parece jamás tan verde como cerca de aquella que el Otoño ha hecho palidecer. San Vicente de Paul, entrando en los salones de las primeras y mas ilustres familias, no salvaba solamente del frio y de la miseria *sus queridos pobres niños abandonados*, sino que salvaba tambien las almas de las grandes señoras que le recibian cerca de sí.

Insisto sobre esta ausencia de los sacerdotes, y la miro como demasiado temible por las consecuencias que trae. Como no se les ve casi nunca en nuestras casas, resulta muy frecuentemente una inmensa dificultad en hacer entrar uno cuando su presencia se hace indispensable. ¿Quién de nosotros no ha sido testigo del embarazo que se toca cuando una enfermedad se declara grave y peligrosa? ¿Cómo hacer llegar un sacerdote, cerca de aquel á quien ella ha herido? Un sacerdote, para muchos cristianos tibios, llega allí como un hombre de mal agüero. . . . y el que lleva la salud, causa miedo. . . . Entonces, en la casa sobre la cual se coloca la muerte, no hay mas que desórden y perturbacion, y alguna vez la familia del moribundo es tan atormentada del frio que producirá sobre su enfermo la vista de una sotana negra, las perplejidades, las tergiversaciones procuran dilatarlo tanto, que cuando ya el sacerdote viene á tocar á la puerta de la casa, la muerte ha agarrado ya su presa. Y del pecador, que el ministro de Jesucristo habria reconciliado con Dios, ¡ay! ¡no queda ya mas que un cadáver!

Lloremos aquellos que la muerte nos ha arrebatado; pero hagamos de

modo, que nuestros recuerdos no vayan jamas mezclados de remordimientos.

Veamos, como desde el primer siglo de la Iglesia, los pastores de las almas usaban de la autoridad de ligar y desatar los pecadores. San Pablo nos lo enseña, con la conducta que él siguió con un cristiano que se habia casado con la muger de su padre. Esto, que entre los paganos mismos, en medio de los cuales vivian los cristianos, debia causar un gran escándalo, puesto que Antioco se habia hecho detestable á su pueblo, por haberse casado con su madrastra, viviendo su padre Seleuco, fundador de la monarquía de los seleucidas (1): este apóstol, digo, sabiendo esta union, escribió á los corintios, y les censuró enérgicamente haber sufrido con paciencia tal crimen, y no haber rogado y llorado ante Dios, á fin de que tal escándalo se hubiese quitado de en medio de ellos; despues de lo cual, agrega en su primera epístola a esta Iglesia: "Yo, aunque ausente con el cuerpo, pero presente por el espíritu, he juzgado como presente á aquel que así se portó, congregados vosotros y mi espíritu en el nombre de nuestro Señor Jesucristo; aquel que es culpable de este crimen, por la potestad de nuestro Señor Jesus, sea entregado al demonio, para mortificar su carne, á fin de que su alma sea salvada el dia del juicio (2)."

"Hé aquí este hombre, ligado por el apóstol y los ministros de la Iglesia de Corinto, en presencia del pueblo que gemia ante Dios, y le pedia con lágrimas, que tal escándalo no siguiese mas entre ellos, y no les atrajese la cólera del cielo. Este hombre fué iluminado, entró en si mismo, y abandonó su crimen; en una palabra, hizo penitencia, y parecia llevar su arrepentimiento al esceso. San Pablo fué sabedor de esto; pensó que era tiempo de desligar esta alma; y hé aquí en qué términos escribió sobre este asunto á los corintianos:

"Basta para él (el incestuoso), en el estado en que está, que haya sufrido la correccion y la pena que le han sido impuestas, y vosotros debeis desde el instante tratarlo con indulgencia y consolarlo, de temor de que no vaya á ser abrumado por un esceso de tristeza. Por esto os ruego que le deis las pruebas efectivas de vuestra caridad y de vuestro amor; por esto mismo os escribo á fin de probaros y reconocer si sois obedientes en todas cosas. Lo que acordeis por indulgencia á alguno, tambien yo lo acuerdo: porque si yo uso de indulgencia, la uso á causa de vosotros, y en la persona de Jesucristo, á fin de que Satanás no traiga nada sobre nosotros, porque no ignoramos ni sus astucias ni sus artificios."

[1] Historia de los sacramentos, p. 358.

[2] Corint.—I.—V. 3 á 5.

"Yo he extractado (dice el historiador de los Sacramentos) esto un poco largo, porque en esta ocasion el gran apóstol ha trazado á los ministros de la Iglesia la norma de conducta que deben seguir con respecto á los grandes pecadores, y porque en los cinco ó seis primeros siglos todo se conformaba en la imposicion de las penitencias y en la reconciliacion de los pecadores, á lo que se habia hecho en esta circunstancia en que San Pablo intervino. Puede añadirse, que en lo sucesivo la Iglesia ha seguido siempre el mismo espíritu."

Sin duda, el espíritu de la Iglesia, que es el espíritu de Dios, es inmutable como la verdad; pero como la verdadera religion está impregnada de la misericordia divina; como despues de haber establecido la necesidad indispensable de la penitencia, esta tierna Madre ha tenido piedad de sus hijos condenados á largas y trabajosas penas, manteniendo todo el principio, ha dejado obrar su caridad. . . . Y cuando leemos en los anales del cristianismo naciente, cuando vemos que las penitencias impuestas por los obispos, duraban tres y cinco años. . . . y alguna vez mas, y que pendiente este entredicho, el cristiano arrepentido no podia ser admitido á la santa mesa; que así como el leproso, tenia su lugar señalado, desviado de la Iglesia, relegado con los otros culpables, y fuera de la comunion de los fieles; cuánto no debemos estar penetrados de reconocimiento, de aquello en que el Dios, tres veces santo, ha dejado á su misericordia desarmar su justicia, y dignándose permitir que nosotros, que no somos ni mejores ni mas puros que nuestros antepasados, seamos tan prontamente y con tanta dulzura reconciliados con él, por los ministros que tiene establecidos entre nosotros para ligar y desatar nuestros pecados. Nuestros padres eran tratados por la Iglesia, como hombres fuertes y robustos; y á nosotros nos mira como hijos consentidos, enervados y sin energia. Sonrojándonos de nuestra debilidad, agradezcamos á nuestra Madre su compasion, la piedad que ha tenido por nosotros.

Los concilios de Nicea y de Aucir, reconocian en los obispos una supremacia, una potestad que durante muchos siglos les dieron una grande y saludable influencia sobre la sociedad cristiana.

"Ordenamos (dicen los padres de estos concilios, cuyos cánones forman parte del código general de la Iglesia), que los obispos despues de haber examinado la manera de conducirse los penitentes, tengan la facultad de usar de clemencia, ó de añadir mas tiempo. Ante todas cosas que examinen la vida que ha precedido y la que ha seguido, y que despues de este exámen, usen de clemencia con ellos."

Era una bella y grande institucion aquella de este tribunal sagrado, presidido por el obispo, asistido de sus sacerdotes, con los cuales, al pié

de la Cruz, componia este senado de la Iglesia. Este tribunal venia á ser tan respetable á los ojos de los fieles, á causa de su pureza, de su equidad, de la ciencia y buena fé de los hombres que formulaban allí las sentencias de condenacion y de perdon, que toda la sociedad queria levantarse de allí, y se sometia voluntariamente á sus decisiones hasta en los sucesos temporales. Obrar así, era seguir con felicidad la intencion de San Pablo, que no queria que los cristianos fuesen á litigar ante los tribunales de los jueces paganos.

Sucedia lo propio entonces, que cuando los emperadores fueron convertidos á la fé, y los magistrados se hicieron cristianos (1), que la mayor parte querian mejor terminar sus diferencias por el arbitraje de los obispos, que ante un tribunal en que se asentaban los adoradores de los falsos dioses.

“Constantino el Grande hizo á este propósito un edicto célebre, que se lee al fin del Código Teodosiano, por el cual permitia á todos los pueblos llevar sus causas ante los obispos, siempre que otros jueces no hubiesen todavía pronunciado.”

La santidad de los obispos inspiraba á los paganos mismos tal respeto, tan gran confianza, que se veia á un gran número hacer juzgar las diferencias que tenian entre ellos por los ministros de Jesucristo.

¿No se ve en esto un magnífico, un brillante homenaje tributado por el error á la verdad? Hé aquí que esos romanos tan feroces, esos griegos tan civilizados, vienen á someterse al juicio de los discípulos de Cristo crucificado.

La confesion de sus faltas, es el primer paso que dá el pecador para ponerse en gracia con Dios. Ella es, como dice San Cesario de Arles, el principio de la salud del alma: *Initium sanitatis est* (2). Para que el alma, enferma por las manchas del pecado, pueda ser curada y renacer á la vida de la gracia, son necesarias dos cosas: la confesion de las faltas, y el dolor, el arrepentimiento de haberlas cometido. En los siglos en que el amor de Dios se convertia en una verdadera pasion, la Iglesia pensó que las ofensas hácia la Majestad divina, debian ser reconocidas y confesadas á la faz de todos. El amor es exigente, y aquel que los cristianos tenian al soberano Autor de todas las cosas, exijia del pecador una reparacion ruidosa, y de allí emanaron las confesiones públicas.

Mas tarde el fervor de los primeros cristianos disminuyó, y los inconvenientes de esta clase de confesiones se hicieron notar mas y mas: esta

(1) Historia de los Sacramentos, por el P. Chardon.

(2) Sermon CCLIII. In Append. S. August.

costumbre pasó sensiblemente; y si en los siglos posteriores se encuentran algunos ejemplos, son demasiado raros.

Ved aquí algunos: Potamius, obispo de Braga, al sentarse en el concilio de Toledo, que él cuenta como el décimo, tenido en esta ciudad en el año 556, confesó á los obispos juntos, un gran crimen oculto, que él habia ya reconocido. Las alabanzas que sus hermanos en Jesucristo dieron á su piedad, se le hicieron insoportables, y lo llevaron á acusarse él mismo de la iniquidad cometida por él, asegurando que la confesion pública que hacia era verdadera. Fué depuesto del obispado, glorificando á Dios.

San Teodardo, obispo de Narbona (1), habiendo llegado al monasterio de S. Martin, en el país de Chartres, y habiendo caido peligrosamente enfermo, llama al abad, le ruega reunir todos los religiosos y sacerdotes de los alrededores, que dependiesen de él, y luego que el abad se permitió hacerle algunas reflexiones, el prelado le respondió: “Yo quiero hacer una confesion pública y general de mis pecados, porque mi orgullo me aconseja no hacerla. Para entrar en el cielo, nada hay mejor que un acto de humildad.” Como Teodardo lo habia deseado, todos los religiosos y muchos sacerdotes de los alrededores vinieron á circundar su lecho, y fueron edificados por las lágrimas y los gemidos del santo penitente, que espiraba y entregaba á Dios su alma humillada, en el momento mismo en que el abad pronunciaba: *Ego te absolvo ab omnibus peccatis tuis, in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti.*

Podria aun citar otros santos que han pasado así de esta vida á la otra; pero me abstengo, porque el número es demasiado grande. Ved aquí un toscó y valiente guerrero, un conquistador cuyas victorias han dado resultados durables, y que tambien, hombre de hierro y de batallas, quiso humillarse en sus últimos momentos, como esos prelados mitrados de quienes acabo de hablar. El glorioso bastardo de Normandía, Guillermo el Conquistador, en seguida de sus numerosos combates y sus heridas, estando postrado sobre el lecho, en su morada, cerca de Ruen, juntó tambien los santos hombres de Dios, en su cámara. Entre aquellos que llevaban la capilla y los hábitos del santuario, que habian venido al llamado del príncipe, habia tambien antiguos compañeros de armas del moribundo. Era en presencia de semejante asamblea, donde el conquistador, que *habia querido tambien conquistar el cielo*, habia resuelto confesarse en alta voz, de todo lo que habia hecho desde su juventud hasta su vejez.

Segun lo habia deseado, *dejándole la enfermedad una voz buena y firme*, co-

(1) Acta, párr. Theod. apud Bolland. 1 Maii.

mo en otro tiempo la habia tenido guerreando, comenzó y acabó una confesion general. Su arrepentimiento pareció tan grande á todos los asistentes, que todos esperaban que el Señor le tuviese misericordia, y le recibiera en su santo paraíso. La historia del Bajo Imperio nos suministra un rasgo de costumbres de aquellos tiempos de fé, que quiero consignar en mis páginas, para demostrar cuánto ha sido siempre considerada la humildad, y la inmolation del orgullo para llegar al cielo.

Nicéforo Gregoras (1), que describía muy elocuentemente la penitencia del emperador Miguel Paleólogo, nos cuenta que este príncipe, atormentado día y noche, ya en su palacio, ya en los campos, por el recuerdo de su perfidia y de su crueldad hácia el hijo del emperador, á quien habia hecho sacar los ojos para inhabilitarlo de subir al trono, vino á encontrar al patriarca José, con quien tenia la costumbre de confesar sus pecados. Un día de gran solemnidad, como el pontífice estaba rodeado de muchos sacerdotes, y asistido, durante los santos misterios, de muchos obispos; ante todos estos ministros del Dios de las misericordias, el emperador se prosternó con la cara contra la tierra sobre las gradas del santuario, y se acusó en alta é inteligible voz, de los crímenes que una condenada ambicion le habia hecho cometer.

Nicéforo Gregoras añade, que el patriarca, habiendo oido de pié esta confesion, que el criminal coronado venia á hacerle, prosternado á sus piés, habia leído sobre él el escrito conteniendo la fórmula de la absolucion que le estaba acordada: esto lo hicieron uno despues de otro todos los obispos presentes, estando siempre el emperador tapado sobre las baldosas del coro.

Despues de ser obtenida esta absolucion por medio de tanta humildad, la vida le fué soportable al emperador, reconciliado con Dios y su conciencia.

Por todo lo que acabamos de citar en las precedentes páginas, creemos haber probado que la confesion no solamente nos asegura la dicha eterna en la otra vida, sino que tambien nos garantiza la calma y la paz en esta de aquí. La historia está llena de ejemplos que lo demuestran. Fuera de las vias de Dios, no hay fortuna feliz: despues, sin la confesion, con nuestra fragilidad nativa siempre saldriamos de los buenos senderos, siempre estaríamos en desgracia con el Rey de reyes.

Está fuera de duda, que la confesion de los pecados es uno de los principales deberes que Dios impuso á su pueblo. "Luego que un hombre ó una muger, ha dicho él en el libro de los Números, hubiesen cometido

(1) Dom. Chardon. Historia de los Sacramentos, vol. II, pág. 455.

algunos de los pecados que llegan de ordinario á los hombres, y que hubiesen violado por negligencia el mandamiento del Señor, y hubiesen caído en falta, confesarán su pecado, y volverán á aquel contra quien han pecado el justo precio del daño que le hubiesen hecho, añadiendo todavía una quinta parte encima." Era una máxima universalmente reconocida en el pueblo de Dios (1), máxima de Dios mismo: "que aquel que oculta sus crímenes, nada conseguirá; y aquel solo obtendrá misericordia, que los confiese y se aparte de ellos."

"No os avergonceis, pues, dice el Eclesiastes, de confesar vuestros pecados."

"En ciertos casos extraordinarios, entre los israelitas, la confesion se hacia á los profetas que Dios enviaba para recibirla del culpable." Vemos de esto un ejemplo bien patente en la historia del reinado de David. Este príncipe, habiendo hecho perecer á Urias para alzarse con su esposa, Nathan se presenta ante él para oír la confesion de su crimen, y para aproximarle allí, recurrió á esta graciosa y hábil ficcion:

"Habia en la ciudad dos hombres, de los que el uno era rico y el otro pobre. Los apriscos del rico estaban llenos de numerosos rebaños de grueso y menudo ganado.

"El pobre no tenia por toda riqueza, mas que una pequeña oveja, que habia guardado y criado cerca de él entre sus hijos: ella comia de su pan, bebia en su copa, dormia en su seno; y él la acariciaba como una hija.

"Habiendo llegado un viajero cerca del rico, no quiso tocar á sus propias ovejas, ni á sus bueyes para obsequiarlo; pero se llevó la oveja de su pobre vecino, y la hizo aderezar para regalarla á su huésped."

Indignado David de esto que acababa de oír, no escuchando mas que su cólera, gritó: "Yo juro por el Señor, que aquel que ha cometido esta horrible accion, es digno de la muerte; él volverá con el cuádruplo la oveja que se llevó."—*Tu est ille vir*: Vos sois ESE HOMBRE, replicó en el acto Nathan: vos sois ese hombre, y hé aquí lo que dice el Señor, el Señor Dios de Israel y de Judá: Yo os he consagrado; os he elevado sobre el trono de Israel y de Judá; os hubiera hecho mas si lo hubieseis deseado.

"Responded sin embargo: ¿por qué habeis llevado el menosprecio de mis leyes hasta el extremo de cometer un gran crimen? Vos habeis hecho perecer por la espada á Urias el Heteeno; vos le habeis inmolido bajo el yerro de los hijos de Ammon, vos le habeis arrebatado su esposa muy amada para apropiársela.....

(1) Inst. sobre el sacramento de la penitencia, por el abate Marius Aubet.